

Bogotá, 15 de Marzo de 1909

Sr. D. Antonio Gómez Restrepo, Ministro de Instrucción Pública

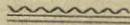
E. S. D.

He recibido hoy la atenta nota de fecha 12 de los corrientes, en que V. S. se sirve participarme que, por designación del Excmo. Sr. Presidente de la República, ha tomado posesión del cargo de Ministro de Instrucción Pública.

Felicito á V. S. por tan merecida distinción, y envío mi cordial saludo al compañero de cátedra, al amigo cariñoso del Colegio; que ha compartido con nosotros todos nuestros goces y pesares.

Con tan grata ocasión, me suscribo de V. S. obediente seguro servidor,

R. M. CARRASQUILLA



LECTURAS SOBRE EL ARTE DE EDUCAR

LOS DEMAS SENTIDOS EXTERNOS

La sensación del *olfato* proviene de las partículas suspensas ó disueltas en la atmósfera y llevadas á las narices con el aire donde están esparcidas. El órgano de este sentido es la *pituitaria*, parte de la membrana mucosa, muy fina, provista en abundancia de vasos y filamentos nerviosos y que secreta un humor ó *mucus*, que retiene las partículas odoríferas.

La pituitaria está situada dentro de las *fosas nasales*, que se comunican con el exterior por las ventanas de la nariz, y por dentro con la faringe y, mediante ella, con la boca.

El olfato nos presta el servicio importantísimo de advertirnos á distancia la presencia de muchos cuerpos dañosos á la salud, y es, por otra parte, fuente de gratísimas sensaciones. Entre los sentidos externos, es el que des-

pierta con mayor viveza la memoria de las cosas pasadas; el que realiza mejor aquel maravilloso fenómeno que llaman los psicólogos *asociación de ideas*. El acre aroma de una planta tropical que llega de repente, al volver un recodo del camino, hace tornar al hombre á los años ya casi olvidados de la infancia; el perfume predilecto de la persona amada, muerta ó ausente, preña de lágrimas los ojos; el olor del incienso ó del laurel silvestre de los nacimientos ó *pesebres* de Navidad pueden volver á la fe ó á la piedad al hombre incrédulo ó indiferente, al recordar el día de la primera comunión ó las dulces enseñanzas maternas.

Según Aristóteles y Santo Tomás, el olfato es más noble y espiritual que los otros dos sentidos restantes, por cuanto percibe su objeto sin necesidad de ponerse con él en inmediato contacto.

Está destinado el *gusto* á percibir aquella cualidad de los cuerpos que se llama *sabor*. En general le tienen agradable aquellos alimentos apropiados á la buena alimentación del hombre; y es providencia misericordiosa de Dios, que el acto de comer vaya acompañado de deleite, sin lo cual descuidaríamos el deber de nutrirnos y vendrían para muchos, antes de tiempo, las enfermedades y la muerte.

No todos los cuerpos son sápidos, y es condición para que tengan esta cualidad el que sean solubles. Reside el gusto en la lengua principalmente y, de un modo secundario, en las demás mucosas de la boca. La lengua está cubierta de una piel finísima, esponjosa, abundante en papilas nerviosas y humedecida sin cesar por un fluido, la saliva, que vierten varias glándulas diferentes.

Las sensaciones del gusto y las del olfato son en muchos casos análogas, cuando las partículas que se desprenden del cuerpo y flotan en la atmósfera son, al mismo tiempo, solubles. Pero hay sustancias que tienen olor delicioso y sabor desagradable; y otras que, nauseabundas al olfato, son de exquisito gusto. El olvido de este principio lleva á

los niños á comer frutos en cierce, acerbos y aun venenosos, y priva aun á personas adultas de muchos manjares sanos y delicados.

El *tacto*, superior al gusto bajo todo respecto, es inferior al olfato, por cuanto la sensación llamada *palpar* no se produce sin que el órgano del sentido se ponga en inmediato contacto con su objeto; pero desde cualquier otro punto de vista, el tacto es el sentido que sigue en dignidad é importancia á la vista y al oído. Percibe en los cuerpos varias cualidades: tamaño, figura, temperatura, superficie. Reemplaza á la vista, aunque sólo en parte, y secundariamente y *per accidens*, sirve para el conocimiento de lo bello. El ciego que no lo es de nacimiento, al pasar la mano por el busto de Napoleón, se forma en la imaginación la especie *visiva* del grande hombre. Ahora, hasta dónde sepa de belleza, tocando los objetos, quien nunca los ha visto es problema oscurísimo y que acaso no se resuelva jamás completamente. Por algunas observaciones incompletas que he podido verificar personalmente, he creído advertir que los ciegos de nacimiento llaman bellos los cuerpos suaves al tacto, y califican de bonitas á las mujeres que tienen voz armoniosa y agradable.

El órgano del tacto es la *piel*. Distinguen los fisiólogos dos clases de tacto: el uno completamente pasivo, que pertenece á todas las partes del cuerpo, y es aquel que producen los cuerpos exteriores cuando llegan á tocarnos; y el tacto activo y voluntario, que ejercitamos mediante la reflexión y sólo por medio de ciertas partes del cuerpo convenientemente dispuestas para ello.

Es la *piel* una membrana continua que cubre todo el cuerpo. Compónenla dos capas distintas: la *dermis* y la *epidermis*. La primera, más espesa y resistente, se compone de un tejido celular formado de fibras gelatinosas que se entrecruzan y dan paso á los vasos y nervios cutáneos. Intercalado en la dermis se encuentra el *tejido vascular*, muy fino, formado por las últimas extremidades de los va-

sos arteriales, venosos y linfáticos. Entre las mallas de esta red, es donde se deposita el *pigmento*, materia muerta compuesta de granos glutinosos, y que es la que da el color á la piel.

Entre los filamentos de la dermis, se encuentra todavía otro tejido: el *papilar* ó *nérveo*, producido por la aproximación de una infinidad de papilas que son formadas por los extremos de los nervios cutáneos. Son estas papilas el asiento principal del sentido del tacto.

La *epidermis* es una capa superficial, transparente, incolora, destinada á evitar el contacto inmediato de los nervios con los cuerpos. La epidermis es más espesa en las partes más expuestas al roce, como las palmas de las manos y las plantas de los pies.

Santo Tomás, siguiendo una doctrina merecidamente célebre de Aristóteles, enseña que todos los sentidos se hallan fundados sobre el tacto. *Omnes alii sensus fundantur supra tactum.*

El instrumento principal del tacto activo es la *mano*. Organo admirable, prodigio de la sabiduría y de la bondad divinas. Los más grandes filósofos, los mayores fisiólogos, los poetas y oradores han agotado el lenguaje para cantar las alabanzas de la mano. Cicerón la alaba como *factora* de las artes bellas: pintura, escultura, arquitectura; de las artes útiles: agricultura, herrería, tejidos, construcciones. Anaxágoras llega á decir que el hombre es *inteligente*, porque tiene manos. Réplícale Aristóteles que, al contrario, él posee manos tan perfectas, precisamente porque goza de inteligencia. “La naturaleza, como es propio del sabio, concede sus dones á quien sepa servirse de ellos. El sér más inteligente es el que puede servirse de mayor número de instrumentos. La mano no es un instrumento único: es la suma de todos los instrumentos, el que á todos los reemplaza. Al sér susceptible de practicar mayor número de artes otorgó la naturaleza la mano, que es el instrumento aplicable á mayor número de usos.”

Montaigne, colocándose en el punto de vista de la expresión externa de las ideas y los afectos, dice: “Con las manos pedimos, llamamos, despedimos, amenazamos, oramos, suplicamos, negamos, rehusamos, preguntamos, admiramos, nombramos, confesamos, repetimos, tememos, dudamos, instruimos, mandamos, animamos, juramos, atestiguamos, acusamos, condenamos, absolvemos, injuriamos, despreciamos, desafiamos, adulamos, aplaudimos, bendecimos, burlamos, reconciliamos, exaltamos, regocijamos, entristecemos, reconfortamos, desesperamos, admiramos, examinamos, callamos.”

R. M. CARRASQUILLA

ARISTÓTELES

SOBRE LA CONSTITUCIÓN DE ATENAS

(Continúa)

22—Por estas reformas, la Constitución vino á ser más democrática que la de Solón. Las leyes de Solón habían caído en desuso, durante el período de la tiranía; las que vinieron á reemplazarlas, fueron dictadas por Cleíthenes, con el fin de ganarse la buena voluntad de las masas. Entre ellas figuraba la ley concerniente al ostracismo. Cuatro años después de establecido este sistema, se impuso al Concilio de los Quinientos el juramento que se presta hasta el día de hoy. Esto acaeció en el arcontado de Hermoucreón. En seguida comenzó la elección de los Generales, según las tribus, uno por cada tribu, pero el Polemarca quedó siempre como General en Jefe de todo el ejército. Luégo, once años más tarde, se obtuvo la victoria de Marathón, en el arcontado de Phaenippo; y dos años después de esta victoria, cuando ya el pueblo tenía confianza en las instituciones, se puso en vigencia, por vez primera, la ley del ostracismo. Originalmente se había hecho uso de ella, como medida de precaución contra los personajes que tenían los altos puestos públicos; por razón de que Pisís-